

SANTO

El Santo entró y se acercó a la lumbre entre el halo de reverencia que mostraban todos los presentes. Gentes de todos los cortijos cercanos habían acudido a ver al hombre venerable que iba a dar solución a sus problemas. Juan no sabía si ese Santo había sido requerido para la ocasión o simplemente pasaba por allí, pero lo cierto es que, en su corta vida, nunca había visto su casa tan llena de gente.

-¡Vino!- pidió aquel hombre extraño, sentándose y haciendo crujir la silla de enea con su considerable culo.

El voluminoso invitado vestía traje oscuro de pana, bastante raído, camisa parda con botones a punto de salir disparados, botines desgastados, llenos de barro y sombrero de ala ancha parduzco y muy usado. La barba de pocos días recorría su interminable papada y sus ojos estaban llenos de venillas. Juan, cortijero de nacimiento, había bajado varias veces al pueblo, había visitado la iglesia y había podido ver imágenes de santos en ella. Aquel hombre no se parecía en nada a ninguno de esos santos, aun así era poco menos que venerado por sus vecinos.

Le sirvieron vino en un vaso de cristal, en la mesa camilla junto a la chimenea. Venía del frío del exterior y acababa de sentarse, pero el sudor recorría aquel cuerpo abotargado y no era por la lumbre. Metió el dedo índice en el vino blanco y el cristal aumentó su uña afilada y sucia. Alzó el dedo hacia el techo y después se lo llevó a la boca. Agarró aprisa el vaso de vino y se lo bebió de un trago.

-¡Más vino! -Juan no entendía nada.

El vaso volvió a llenarse, el dedo volvió a meterse en él, a subir al techo y a adentrarse en aquella boca llena de caries.

-¿Cuántos días lleva lloviendo aquí? -Dijo el Santo con voz ronca.

-Más de treinta seguíos -dijo el padre de Juan.

-¡Harticos de estar encerraos estamos ya! -dijo una mujer de otro cortijo con voz lastimosa.

-Que se callen las mujeres –advirtió el supuesto santo con voz tranquila, mientras indicaba con los ojos a su escanciadora, la joven madre de Juan, que le llenara el vaso de vino.

Dedo dentro, dedo arriba, dedo a la boca y pequeño eructo.

-Salid fuera y decidme como está el cielo. -No fue necesario. Había más gente fuera que dentro de aquella pequeña estancia, en la que a duras penas cabía la familia que allí vivía. Juan se escabulló entre las piernas de sus vecinos y salió a la lonja.

No había llegado el mediodía, pero parecía que había anochecido. Los nubarrones negros pasaban rozando el Morrón y se aventuraban hacia las Cimbras, unos tras otros. Había estado lloviendo sin parar durante semanas, y todo apuntaba a que la tregua iba a durar poco, e iba a comenzar a llover de un momento a otro.

Los lugareños estaban desesperados. No eran chaparrones cualquiera, sino lluvias que duraban semanas enteras, una tras otra. Durante los primeros días se había aprovechado el temporal para sacar la cuadra, hacer ramales, herrar a las bestias o incluso alguna que otra matanza. Pero las ideas se habían acabado, las labores del campo estaban paradas y algunos conejos y gallinas estaban empezando a morir anegadas, o por culpa de la humedad.

-¡Mu negro! –Se oyó desde fuera. -¡Mu nublo, mu tapao!

Cuando Juan volvió adentro ya le habían servido otro vaso de vino al gordo sudoroso. Mismo ritual con el dedo, pero esta vez no engulló el trago, sino que lo aguantó en la boca. Cuando echó la cabeza hacia atrás Juan pensó que iba a hacer gárgaras, pero la boca del invitado permaneció cerrada. Respiraba por la nariz y se oía en toda la sala. Entonces tragó cerrando los ojos.

-Tol mundo fuera. –dijo el santo gesticulando con la cabeza.

Nadie quedó dentro, ni siquiera el padre de Juan, hombre no acostumbrado a recibir órdenes en su propia casa. Los lugareños ocuparon la era y esperaron a que saliera su santo, pero éste prefería quedarse dentro.

-¡Decidme ahora como está el cielo! Gritó sin apartarse de la mesa camilla.

Las gentes alzaron sus cabezas a la vez. Muchas cabezas levantadas pero pocas respuestas a la pregunta, hasta que alguien por fin se atrevió a responder casi en voz baja.

-Parece que por Martos viene más claro.

Comenzaron los murmullos.

-¡Sí! –gritó alguien armándose de confianza-. ¡Parece que se está abriendo el cielo!

Todos empezaron a darle la razón, y a apreciar como las nubes estaban dando paso a cielos más despejados. Una alegría contenida fue apoderándose de los presentes.

-Pero si el cielo está lo mismo de negro que antes –dijo Juan mirando a su madre.

La madre de Juan le devolvió la mirada, levemente encogida de hombros. –Ya mismico va a irse el temporal, hijo mío. –le respondió volviendo a mirar al cielo.

-¡Que sus he dicho que cómo está el cielo ahora! –gritaba el individuo, aún dentro del cortijo.

- ¡Se está poniendo más claro! –contestó la vecina de Juan.

El santo se levantó, salió y se apoyó con el hombro en el quicio de la puerta.

- ¡He dicho que se callen las mujeres!

-¿Por qué dice eso siempre, madre? –preguntó Juan.

-Porque las mujeres damos malfario –contestó otra mujer por detrás, con cara de disculpa.

-Pos entonces ya he terminao aquí. Si vuelve a llover será poquillo. Que las mujeres le recen un rosario a la virgen.

El santo se sacudió la chaqueta de pana y se colocó bien el sombrero sudado. Alguien vociferó entre la multitud.

-¡Pero bueno! ¿Así se va a ir este santo? ¿No le vamos a dar na? ¡Por lo menos diez reales se tiene que llevar, que somos muchos los cortijos que estamos aquí!

Los padres de Juan se miraron. El padre se encaminó hacia el cortijo, seguramente a rebuscar una moneda en la taza de la chimenea.

Mientras se pasaba el cepillo, una mujer se arrodilló llorando delante del santo. Juan creyó oír que quería hablarle de su hijo, pero la mujer lloraba tanto que apenas se le entendía. El santo le tocó el hombro en gesto de consuelo, pero casi la salta por encima cuando desde el carril le hicieron gestos de que ya habían recaudado un pequeño botín. La mujer se alzó dándole las gracias mientras el tipo se alejaba a recoger el pañuelo lleno de perras gordas. Juan guardó esa imagen siempre, y siempre estuvo seguro de que el santo no le dijo ni le dio nada a la mujer, excepto su desprecio. En cambio ella no paraba de llorar agradecida.

El santo y algunos lugareños que lo acompañaban desaparecieron por la vereda real, camino de Fuensanta. Juan los acompañó con la mirada hasta que desaparecieron de su vista. Su madre lo llamó desde el cortijo.

-¡Venga pa'dentro, Juanito!

Había empezado a llover con fuerza.

Malcarroña.
Categoría Adulto.